**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***6. El temor a los desafíos sobrecogedores***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***6. El temor a los desafíos sobrecogedores***

*¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!* Mateo 14:27

**Introducción**

Pedro y sus compañeros estaban en medio de la fuerte tormenta y sabían que tenían problemas. Lo que debería haber sido un paseo tranquilo de una hora se convirtió en una lucha de toda una noche. La barca se tambaleaba y se estremecía, sacudida por el viento. La oscuridad era total, excepto por los relámpagos repentinos.

*“La barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario”* Mateo 14:24

Tal ves esta sea una descripción apropiada para los momentos más difíciles en nuestra vida. Solo es cuestión de sustituir un par de nombres…

*En medio de un divorcio, azotado por la culpa.*

*En medio de una montaña de deudas, azotado por los acreedores.*

*En medio de una crisis financiera en el negocio, azotado por la mesa directiva y los accionistas.*

**Jesús entra en escena**

Los discípulos lucharon con la tormenta durante nueve horas de frío y de estar empapados hasta los huesos. Y a eso de las cuatro de la mañana, sucedió algo inesperado. Vieron que alguien venía caminando por el agua. «Un fantasma», dijeron, dando voces de temor (Mateo 14:26).

Al igual que nosotros en circunstancias similares, los discípulos no esperaban que Jesús se presentara de una manera inesperada e inusual. En vez de esto, esperamos que su presencia se haga sentir mientras entonamos un suave himno el domingo por la mañana en la iglesia. Esperamos encontrarlo en durante nuestro tiempo devocional. Pero tal vez no lo esperamos en el momento en que nos despiden de nuestro trabajo, perdemos un negocio u oportunidad importante, o nos metemos en un pleito grande. Pero es en las tormentas en las que el Señor hace su trabajo por excelencia, porque en ellas es cuando le prestamos el mayor grado de atención.

Jesús respondió al temor de los discípulos con una invitación que cada uno de nosotros debiéramos de tener en cuenta todo el tiempo: «Tened ánimo; yo soy, no temáis», les dijo (Mateo 14:27).

**No estamos solos**

Hay poder en las palabras de Jesús. Despertar en una unidad de cuidados intensivos y escuchar a tu esposo(a) que te dice: «Aquí estoy». Perder tu retiro y sentir el apoyo de tu familia diciendo: «Estamos contigo». Cuando un niño está jugando en un partido de futbol y de pronto ve a mamá y papá en las gradas diciendo: “Aquí estamos”, lo cambia todo. Tal vez es por eso que Dios repite tan a menudo que está con nosotros:

* El Señor está cerca (Filipenses 4:5)
* Vosotros [estáis] en mí, y yo en vosotros (Juan 14:20)
* Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28:20)
* Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano (Juan 10:28)
* Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios (Romanos 8:38, 39).

No podemos ir adonde no esté Dios. Mira sobre el hombro, es Dios el que te está siguiendo. Mira en la tormenta; ese es Cristo que viene hacia ti.

Debemos darle el mérito que merece a Pedro, creyó lo que le dijo Jesús. «Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús» (Mateo 14:28-29).

Pedro nunca hubiera hecho ese pedido con un mar en calma: Si Cristo hubiera caminado a través de un mar tan calmo como un espejo, y a la luz del día, Pedro lo habría aplaudido, pero dudo que hubiera dado un paso fuera de la barca. Las tormentas nos impulsan a tomar acciones inauditas. A través de unos pocos pasos heroicos y con el corazón golpeando en su pecho, Pedro hizo lo imposible. Desafió la ley de gravedad, y a la naturaleza, caminando «sobre las aguas para ir a Jesús».

**Adónde debemos mirar en una tormenta**

«Pero al ver el fuerte viento [Pedro] tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!» (Mateo 14:30).

Pedro de pronto quitó su atención de Jesús y la colocó en la tormenta, y cuando lo hizo, se hundió como un ladrillo en el agua. Si le prestas más atención a las aguas tormentosas que al que camina en el agua, te sucederá lo mismo. No podemos escoger si las tormentas van a venir o no. Pero sí podemos decidir dónde vamos a fijar la vista en una tormenta.

En medio de la crisis, Dios quiere recordarnos quién es él, y que es lo que él nos ha dicho. Su llamado a tener valor no es un llamado a la ingenuidad ni a la ignorancia. No es que debamos ser inconscientes en cuanto a los sobrecogedores desafíos de la vida. Debemos contrarrestarlos echando una larga mirada a quién es nuestro Dios. «Es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos» (Hebreos 2:1). Haz lo que sea necesario a fin de mantener los ojos fijos en Jesús.

La próxima vez que te encuentres en una crisis, canta alabanzas que hablan de la fidelidad de Dios. Aprende varias Escrituras de memoria. Medita en los testimonios de creyentes fieles. Toma la decisión deliberada de mantener tu esperanza en Jesús. Siempre es posible tener esa clase de valor.

Alimenta tus temores y tu fe se va a morir del hambre. Alimenta tu fe y los que morirán de hambre son tus temores.

El profeta Jeremías pasaba por un tiempo de temor y depresión. Jerusalén estaba siendo atacada, la nación estaba en problemas. Por un momento, culpó a Dios por su terrible condición:

«Yo soy el hombre que ha visto aflicción bajo el látigo de su enojo. Me guió y me llevó en tinieblas, y no en luz; ciertamente contra mí volvió y revolvió su mano todo el día. Hizo envejecer mi carne y mi piel; quebrantó mis huesos; edificó baluartes contra mí, y me rodeó de amargura y de trabajo. Me dejó en oscuridad, como los ya muertos de mucho tiempo. Me cercó por todos lados, y no puedo salir; ha hecho más pesadas mis cadenas; aun cuando clamé y di voces, cerró los oídos a mi oración; cercó mis caminos con piedra labrada, torció mis senderos.» (Lamentaciones 3:1-9).

Pero entonces se dio cuenta de que se estaba hundiendo con mucha rapidez así que cambió su mirada. «Esto recapacitaré en mi corazón, por tanto esperaré. Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad. Mi porción es Jehová, dijo mi alma, por tanto, en él esperaré» (Lamentaciones 3:21-24).

«Esto recapacitaré…» Cuando estaba deprimido, Jeremías cambió su forma de pensar, cambió el lugar donde puso su atención. Quitó los ojos de las olas y fijó su atención en la fidelidad de Dios.

Jesús podría haber calmado esa tempestad horas antes. Pero no lo hizo. El quería enseñarles una lección a sus seguidores. Jesús podría haber calmado tu tormenta hace mucho tiempo. Pero no lo ha hecho. ¿Quiere también enseñarte una lección? Las tormentas no son una opción, pero el temor sí.